

"Tal vez, cuando usted lea este libro yo ya esté muerto. Lo último que supe fue que el Cartel de Medellín ofrecía por mi cabeza lo mismo que yo recibí por entregar la de *El Mexicano*: un millón de dólares.

El dinero, ahora, no me importa. Me infiltré en el Cartel de Medellín y mi vida cambió, pero podré morir tranquilo sabiendo que cambió también la del país. En diez meses me metí en la más peligrosa organización narcoterrorista del mundo. La conocí, compartí sus grandes secretos, comí al lado de sus grandes jefes, y finalmente entregué a manos de la policía al más temible y peligroso de sus capos: a José Gonzalo Rodríguez Gacha. Estas páginas son no solamente para que el país conozca la gran verdad, la verdad verdadera, sino para que el país me juzgue.

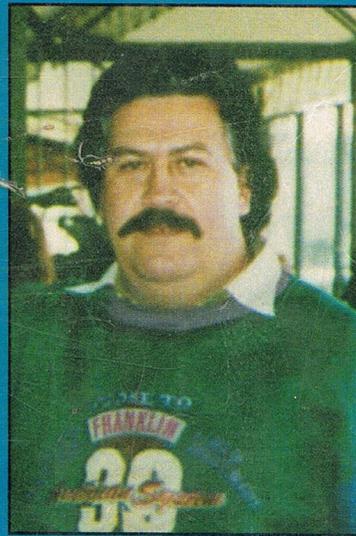
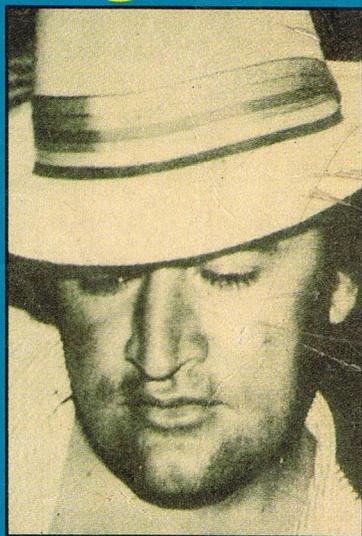
Esta es la verdad, la única, porque otras historias que pretendieron serlo, no lo son. Fui yo quien se infiltró en el Cartel de Medellín y entregó a *El Mexicano*, sin gringos, solo, con mis manos y las de los valerosos miembros de la policía nacional. Yo soy el hombre que engañó al Cartel..."

El Navegante



Jorge Enrique Velásquez
"EL NAVEGANTE"

Cómo me infiltré y engañé al Cartel



**POR FIN LA AUTENTICA HISTORIA
DEL SUICIDIO DE EL MEXICANO**

EDITORIAL OVEJA NEGRA

El relato del hombre que se infiltró
en el Cartel de Medellín
para entregar a El Mexicano
y a Pablo Escobar

CONTENIDO

Capítulo I	
La Captura	7
Capítulo II	
De Cali a Medellín	15
Capítulo III	
Yo te bautizo <i>El Navegante</i>	29
Capítulo IV	
Conocí a Don Pablo Escobar	47
Capítulo V	
El asesinato de Galán	71
Capítulo VI	
Los últimos días de <i>El Mexicano</i>	85
Capítulo VII	
El operativo final: la muerte de <i>El mexicano</i>	111
Capítulo VIII	
El regreso de Ariel	159
Anexos: Documentos y fotos	181

CAPITULO I

LA CAPTURA

Bogotá estaba más fría que de costumbre. En realidad, siempre había pensado que para mí, no sólo representaba problemas de seguridad, sino también me incomodaba su frío. Un frío penetrante, que llega a los huesos de su gente, y también a su alma. Porque los bogotanos, a diferencia de los caleños, los vallunos, tienen el espíritu helado. A veces pienso que no sienten. Son introvertidos, extraños, reservados en extremo, y por ello, uno no debe confiar en sus acciones. Pero, bueno, qué le vamos a hacer. Aquí estábamos de nuevo. Recuerdo que el frío más tenaz se siente en el aeropuerto militar Catam. Una fortaleza de color azul y blanco, impenetrable. Al bajar del potente Hércules verde camuflado, un oficial se encargó de la seguridad de mi traslado y el de los demás compañeros a otra fortaleza, la que sería en adelante mi nuevo lugar de vivienda. "Será por pocos días", me dije.

De nuevo, el frío me atacó hasta el alma y un halo de tristeza y rabia al mismo tiempo se me metió en el cuerpo. Mi esposa, a quien amo mucho, mis pequeños hijos que siempre, en últimas, resultan ser los paganos de mi destino, estaban otra vez lejos de mí, y yo lejos de ellos por una infortunada equivocación que estuvo a punto de acabar con mi existencia.

El viaje a laDijín, una poderosa policía secreta colombiana a la que le guardo cariño y respeto y a la que siempre le he sido incondicional, se realizó bajo las más extremas y hasta exageradas medidas de seguridad, que consistían en la utilización de un convoy de tres camiones militares, motos y camperos oficiales abriéndose paso por entre una avenida congestionada y rápida en la que se ven más buses y busetas que carros particulares, los cuales se apoderan sin compasión de la vía que no les corresponde. Pero *pensé* ese no era mi problema ahora. Mi problema no era la congestión del tránsito, pues al fin y al cabo me escoltaba una caravana oficial y armada a la que le daban paso a las buenas o a las malas. Mi problema comenzaba a ser, ese 11 de agosto de 1992, la congestión en que entraba mi vida, metro a metro, a medida que nos acercábamos a la sede de la Dijín —un viejo edificio de color rosado donde funcionaba anteriormente el hospital de la policía—, vigilada por cientos de hombres de civil y uniformados, que a diario exponen sus vidas para evitar que la sede se convierta en blanco de un carrobomba que tantas veces Pablo Escobar ha amenazado con colocar.

Llegamos a las cuatro de la tarde, después de atravesar cinco avenidas más congestionadas que la primera, y de sobrepasar más de mil buses, busetas atiborradas, taxis y hasta carritos de madera halados por un caballo, con asiento para cuatro y más personas. Entramos por la puerta principal; allí hay una garita de guardia comandada por un sargento, dos puertas de barrotes de acero y tres agentes que revisan cada carro

que llega
por deba
condicio
televisión
momento
segurida
imágenes
que abri
captura
el hombr
principal
la osadia
Gacha, l
informe p
mi vida l
entender
32 meses
Ese t
he sentid
hijo, per
cuerpo y
cassette
cómo log
de Colom
Muy
agosto, c
manera i
teniente
acción, d
nacional
las 12 y
mos un M
hombres
Medellín
intencio
En re
la aventu

que llega, con un aparato especial que permite mirarlos por debajo en busca de bombas camufladas. En esas condiciones llegamos. Y, oh sorpresa, una cámara de televisión enfocaba con desespero el que hasta ese momento era un inusitado movimiento u operativo de seguridad sin precedentes en la Dijín. Más tarde, las imágenes serían retransmitidas por el Noticiero CMI, que abrió su emisión del día con la primicia de la captura de Jorge Enrique Velásquez, alias *El Navegante*, el hombre más buscado por Pablo Escobar. Uno de sus principales testigos. El enigmático personaje que tuvo la osadía de capturar y dar de baja a Gonzalo Rodríguez Gacha, *El Mexicano*. Esa noche, después de ver el informe periodístico, comencé a descubrir una parte de mi vida hasta ahora desconocida por mí, y empecé a entender la magnitud de mi trabajo, que ese día cumplía 32 meses.

Ese martes, en medio de los muros más fríos que he sentido en mi vida, del recuerdo de mi esposa y mi hijo, pero también en medio de la gente más fría de cuerpo y alma que he conocido, empecé a devolver el cassette de mi memoria para rememorar, paso a paso, cómo logré acabar con el narcoterrorista más peligroso de Colombia, y quizás del mundo.

Muy fresco estaba aún el mediodía de ese 11 de agosto, cuatro horas atrás, cuando fui capturado de una manera idiota e insólita gracias a la ignorancia de un teniente terco que pensó ganarse un ascenso con esa acción, desconociendo acuerdos que el propio gobierno nacional había trazado para el resto de mi vida. Eran las 12 y 30 del día. Con mi grupo de trabajo buscábamos un Mazda blanco 323 en el que se movilizaban tres hombres muy bien armados, al parecer del Cartel de Medellín, que habían llegado a Cali con muy malas intenciones.

En realidad, mi vida había naufragado siempre entre la aventura y la emoción. Yo nací para el peligro —pien-

so ahora— y la muerte nunca me ha sido ajena. Por eso estaba ahí, ese 11 de agosto, en busca de los tres terroristas que se movilizaban en el Mazda blanco. Días atrás también me había llegado una información de Buenaventura indicándome que en ese puerto se encontraba Brances Muñoz Mosquera, alias , el jefe terrorista más sanguinario del grupo de Pablo Escobar. La información recibida había sido enviada ya a las autoridades, así como otras relacionadas con la posible presencia de Pablo Escobar en Puerto Wilches después de su fuga, y la existencia de un centro de operaciones en el Chocó, con pistas de aterrizaje, avionetas y equipos de comunicación.

Lo que hacíamos ese martes en Cali pudo constituirse en obtención de importante información sobre los planes del Cartel de Medellín para ejecutar atentados en la capital del Valle.

Los hombres del Mazda eran enviados de, quien desde Buenaventura estaba coordinando varios atentados, entre ellos uno que terminaría con mi vida, y otro con carrobomba en un lugar determinado de Cali. Así las cosas, nuestro golpe iba a ser perfecto: atrapar a la gente de y, por qué no, al propio jefe terrorista, quien aún se encontraba en territorio cercano. Al pasar frente a un CAI del barrio Ciudad Jardín, al sur de la ciudad, una patrulla motorizada del ejército se interpuso en nuestro camino. Yo viajaba en un campero Toyota blindado, acompañado por mi personal de seguridad: Antonio Bejarano, uno de mis mejores amigos, conocido de infancia, a quien consideraba el segundo de mi grupo a bordo; Salomón Gutiérrez, teniente retirado del ejército, muchacho moreno y alto, aventurero y audaz en su trabajo, también conocido de mis años juveniles, encargado de coordinar los hombres que me brindan protección; y el viejo Belis, negro peliarrugado, estilo sanandresano, uno de los mejores bailarines de salsa y reggae, pero además incondicional mío, fiel y cumplidor

de su deber con esta causa que años atrás habíamos emprendido todos: acabar con los terroristas del Cartel de Medellín, comenzando por sus propias cabezas; una de ellas ya había caído.

Así mismo, me escoltaba un Mazda 323 gris con tres hombres de mi confianza en su interior, comandados por *El Capi*, un oficial retirado de la policía, quien desde hace dos años trabaja en la parte operativa de la seguridad de todo el grupo.

Cuando fuimos requeridos por la patrulla militar, avisé a través de uno de *Los Handy* que portábamos para que los hombres de atrás, los del carro gris, se quedaran rezagados un poco para prestarnos seguridad en caso necesario, pues en un principio creímos que no se trataba de gente del ejército, sino de delincuentes camuflados que en cualquier momento nos atacarían. Pero, contrario a nuestros temores, la patrulla sí era del ejército y estaba comandada por un teniente de apellido Martínez.

Un sargento de la misma patrulla nos pidió los documentos de identidad y lógicamente los salvoconductos del armamento que llevábamos: pistolas Sig-hauer, 7-65 Hetler, escopeta Franchis de ocho tiros automática, un revólver y dos radios de comunicación, todo con sus respectivos salvoconductos y permisos.

Fue así como el sargento dio la orden de proseguir, al ver que todo estaba en regla. Cuando nos disponíamos a hacerlo, el teniente Martínez se opuso, y personalmente nos lo hizo saber.

—Lo siento, señores, ustedes deben acompañarme a la Brigada.

Segundos después se comunicó con un coronel, informándole como su gran golpe que habían caído unos hombres con poderoso arsenal y de muy sospechosa procedencia.

Hubiéramos podido sobornarlo, pues era lo más lógico en un caso de esos, ante la urgencia de capturar a los terroristas de Medellín que en ese momento

escapaban. Pero no. Acompañarlos a la Brigada para allí hablar con un oficial de más rango, me pareció lo más viable para identificarme con mayor detalle, ya que al teniente sólo le di mi otra identidad: Enrique Puertas Valencia, adquirida después de convertirme en el enemigo número uno del Cartel de Medellín.

En la Brigada, la primera impresión que me llevé fue la de encontrar a un coronel reacio a mis explicaciones, y muy empeñado en capturarme, desconociendo mi real trabajo, pese a haberle suministrado ya mi verdadera identidad, la de Jorge Enrique Velásquez, conocido en el Valle desde hace tres años como *El Navegante*. Ese coronel, Luis González, sabía en ese momento quién era yo y qué hacía para colaborar con las autoridades. Mis sospechas comenzaron. La actitud del oficial me parecía extraña, pues no sólo insistía en mi detención, sino que además empezaba a hacer trámites para remitirme a mí y a mis compañeros a una cárcel ordinaria, la de Villa Hermosa, donde sin duda alguna correrían peligro nuestras vidas.

—Lo voy a envainar —me dijo el coronel González. Afortunadamente, la intención del oficial no pudo hacerse efectiva, y fuimos trasladados a las instalaciones del DAS, donde dormimos esa noche y la siguiente rodeados de una mejor seguridad. El coronel, sin embargo, seguía insistiendo en nuestro envío a la cárcel.

Dos días fueron suficientes para que los altos mandos de la policía y el propio jefe del DAS conocieran nuestra situación, y al entender que tenían en sus manos al más valioso informante del Cartel de Medellín, dispusieron nuestro traslado a Bogotá. Con este fin, un avión tipo Hércules debió ser movilizadado desde la capital del país.

Encerrado en un cuarto de paredes rosadas, con un camarote estrecho, un pequeño baño privado, televisor y algunos utensilios personales, pienso en lo absurdo que resultó ser todo lo de mi captura. La Fiscalía me

detuvo por portar armas ilegalmente. Armas que el mismo gobierno me brindó con todo y documentos. Las solicité después de mi primer gran éxito en favor de la policía, y me las dio Indumil. Sólo una pistola tenía problemas, pues la había adquirido por medio de un tramitador. ¡Qué ironía! El hombre que se infiltró en el Cartel de Medellín y llevó a *El Mexicano* a las manos de la policía, estaba detenido por un absurdo porte ilegal de armas debido a la confusión de dos nombres que también el mismo gobierno había ayudado a obtener. El lío jurídico consistía en que unas armas estaban a nombre de Jorge Enrique Velásquez y otras a nombre de Enrique Puertas Valencia.

Pero, quizás como simple consuelo, el haber estado allí encerrado sirvió mucho para recapitular mi vida. Mis últimos cuatro años de vida. Pensé en todo: en la ingrata actitud del gobierno por mantenerme injustamente encerrado, en el golpe espectacular contra *El Mexicano*, en mis trabajos de inteligencia para la captura de *Pinina* —el anterior jefe terrorista del Cartel de Medellín— el seguimiento y ubicación de uno de los principales ejecutores del atentado al DAS, un hombre que hizo cursos en Rusia y Nicaragua de explosivos y otras acciones subversivas. Un guerrillero apodado "Pito" del Movimiento M-19 quien cayó después en un largo seguimiento en la ciudad de Cúcuta y en otros más en los cuales he aportado información. En fin, pensé en muchas cosas de mi vida en las que antes, por el agite y la tensión de mis actividades, no había reflexionado. Vinieron a mi mente los días con Ariel Otero. Su muerte. Cómo celebramos con él, su esposa e hija las festividades de fin de año; también me acordé de *El Mexicano*, porque su recuerdo lo llevo intacto en mi cabeza y hasta en mis sentimientos; creo que es algo que jamás podré borrar de mi mente. El fue un hombre que por su manera de ser, hablar y actuar, pero sobre todo por lo que hizo en su extensa carrera delictiva y criminal, no

se puede olvidar fácil. Yo lo conocí. Yo viví con él sus últimos meses, semanas, días, horas, minutos y hasta segundos.

EXCLUSIVO PARA INVESTIGACION

REPUBLICA DE COLOMBIA
CÉDULA DE CIUDADANIA No 617.171.431
Bogotá (Cund.)
RODRIGUEZ GACHA
NOMBRES José Gonzalo
NACIDO 18-May-1947-Pacho (Cund)
ESTATURA 1-67 COLOR Tric.
DIALES Ninguna
FECHA 28-Jul-68



RICARDO NUÑO JIMENEZ
REGISTRADOR NACIONAL DEL ESTADO CIVIL

Cédula de ciudadanía de José Gonzalo Rodríguez Gacha. Nacido el 18 de mayo de 1947 en Pacho, Cundinamarca.